Prólogo del libro: "Convivir y no vivir de la naturaleza…Aporte de la pedagogía suvidagógica para cambiar la cultura del naturacidio por la biofilia y la naturafilia".

Patricio Alarcón Carvacho. PhD

El doctor Samuel González- Arizmendi, pertenece al destacado grupo de estudiosos de la complejidad humana que han logrado transitar desde una ciencia biológica focalizada fundamentalmente en el conocimiento anatomo-fisiológico, hacia una ciencia que estudia el fenómeno de la vida, en todas las dimensiones posible de lo humano: educativo, emocional, cognitivo, ético, espiritual, epistemológico, etc.

En este camino expansivo, recursivo, hologramático, biocéntrico, y holístico de lo biológico, han surgido importantes propuestas, como por ejemplo: Humberto Maturana y la biología del amor, Francisco Varela y la neurofenomenología, Gregory Bateson y la ecología de la mente, David Hokins y la biología de la entrega, Jean Piaget y la epistemología genética… y por cierto Samuel González-Arizmendi, y su propuesta epistemo-educativa: la suvidagogía.

En esta nueva obra el Dr. González-Arizmendi, aborda una temática que le interesó y movilizó desde los tiempos más tempranos de su existencia y es una bandera que cada vez sostiene con más fuerza y ondea más alto. Describe y fundamenta de modo tan profundo como motivador, una de las tantos transformaciones o reencuentros con lo natural y propio de los sistemas vivos, que busca promover, educar, resignificar y enamorar la suvidagogía: como un aprender o recordar el convivir con la naturaleza (amándola, integrándola y respetándola naturafílicamente y, no vivir de ella, depredándola, sometiéndola y destruyéndola, y en ese acto destruirnos a nosotros mismos desde un naturacidio ciego e irresponsable.

Samuel González-Arizmendi con su propuesta suvidagógica, redirecciona todo pensar, hacer, tener, estar y ser hacia la vida, recupera nuestra teleología natural biocéntrica, de las que estamos cada vez más alejados y ciegos.

Describe y lleva a las aulas, recuperando y promoviendo el valor del vivir-vital, del vivir-vivo (Platón), del vivir ecosistémico y autopoeitético (H. Maturana), de vivir con sentido desde la congruencia entre ser y existir (V. Frankl), de vivir en el territorio y no sólo en el mapa (Perls), de vivir la congruente entre el ser y el existir.

La suvidagogía triánguliza: Sujeto-Vida-Pedagogía, identifica un sujeto, no-"sujetado", sino autónomo, consciente y ligado, que le permite habitar el planeta, con

una vitalidad recursiva y holoramática. Pone en el centro la vida, como el indicador y epicentro principal de la educación e incorpora con originalidad, profundidad y sentido la problemática metodológica con una pedagogía emancipadora, vital, situada y ecosistémica.

Hace distinciones entre una pseudo-vida, y vida verdadera, la que es fruto de la expresión óntica, y por ello de la libertad y, por tanto, de la axiopraxis y principalmente del amor, como raíz y garantía de la vida.

Por ello, el "nuevo sujeto" propuesto por la suvidagogía, debe ser un sujeto enamorado de la vida y por tanto intra, inter y trans-promotor permanente de la salud plena, del amor nutricio y matríztico, de la libertad responsable, de la paz en la mismidad y en la otredad, de la vida-situada, vida-territorio, existida en "presente vivo" (E. Husserl), consciente de la inseparabilidad recursiva y coexistencial con todo lo que una vida-vitalizada-viva, permite co-vincularse, desde una projimología, que tiene como indicador-sentido, para todo ser, estar, saber, tener y hacer la VIDA libre, sana, feliz, amorosa con lo otro y los otros.

Para ello como lo señala el título de este libro, se debe "convivir y no vivir de la naturaleza", al modo de los pueblos originarios, que experimentan la inseparabilidad natural y holoramática, entre su ser y el ser de las plantas de los otros animales, del agua, del viento, del sol, de la tierra, de toda otredad, porque está entretejida con su mismidad. Por ello los mapuches no beben el muday, sin antes compartirlo con la tierra y no cortan una rama sin solicitarle permiso al árbol, porque pertenecen a una cultura matríztica, sustentada en la confianza, en el amor y un co-vivir ecosistémico expresado en una danza estructural congruente de sujeto y naturaleza.

Samuel González-Arizmendi tiene una propuesta pedagógica elaborada y probada, para direccionar la educación hacia la vida-vital, diseñada para transitar desde una educación patriarcal a una educación matríztica, desde una educación tanática a una educación para la vida, desde una educación que enferma (E. Pichón- Riviere) a una educación saludable, desde una educación que direcciona hacia la no-vida a una educación que direcciona hacia la vida, desde una educación noogena del sin sentido a una educación con sentido óntico.

En esta obra, el autor presenta su necesaria y urgente propuesta, magistralmente descrita en cada una de las diez partes que la conforman. Es ahora el momento de conocerla y aplicarla en un mundo con tantos hábitos, aprendizajes y tendencias no-vitales, tan plagado de enfermedades, de desamor, de adicciones, de negaciones y vacíos existenciales.

Como bien lo señala Ludwing Schmidt, es posible distinguir tres grandes paradigmas evolutivos en la historia del conocimiento: la teocéntrica, la antropocéntrica y la biocéntrica, ese es el gran desafío del doctor Samuel González-Arizmendi, validar y llevar este paradigma a través de su vidagogía a las aulas de todos los niveles educacionales.

Lo más parecido a la no-vida es el abandono y olvido a nuestra vidafilia natural. Se ingresa a la no-vida, cada vez que niega el ser y/o la existencia, cada vez que niego el ser y la existencia del otro y de lo otro. Cada vez que se olvida la tarea diaria de ser más feliz y más sano en la simultaneidad hologramática de hacer más feliz y más sano a los otros y lo otro.

"Muere quién se transforma en esclavo de sus hábitos… quien no confía, quien no lo intenta, quien no ama" (M. Madeiros). Lo que puede traducirse como; se aleja de la vidafilia o se acerca a la no-vida, el que renuncia o desnaturaliza a su capacidad interior (neurobiológica y epigenética), para ser, para amar, para el bien, para la verdad, para la belleza, para la unidad, Sólo muere realmente, quién elige avanzar por la vía más "vendida" y promovida por los sistemas de control: el miedo a la libertad. "El miedo arruina el placer de vivir" (A. Jodorowsky)

La mejor escuela para aprender la vidafilia, es la naturaleza, es nuestro cuerpo, los niños aún libres en la expresión total de su infancia, la "poesía de la vida" (E. Morin) experimentada en el encuentro con otro u otros sólo para goce coexistencial de su presencia, el amor nutritivo donde la mirada, la voz, el silencio, la piel, el corazón, la mente y el alma, son instrumentos de precisión para fortalecer la mismidad y la otredad, en perfección plena del "presente vivo" (E. Husserl).

Tal vez un modo de comenzar a instalar la vidafilia, como el tema más importante en la salud y la educación y en todas las ciencias habidas y por haber, es regar estas páginas de interrogantes, como diminutos perturbadores, como el sonido inicial de un despertador epistemológico, o como sutiles tirones a la venda de la "inteligencia ciega", que al no permitirnos ver la recursión, la doble dialéctica y la hologramatidad, "ceguera" que nos convierte en buenos "consumistas compulsivos" de no-vida, y en consecuencia en habitantes planetarios funcionales perfectos para los sistemas de control e influencia social que se "enriquecen[1]", con la enfermedad, la muerte y todos sus activadores: la desconfianza, el desamor, la competencia, el sometimiento, la tristeza, la depresión, el estrés, el miedo, el odio, en una frase de la negación o expulsión del otro.

[1] Va entre comillas porque en este caso es sinónimo de empobrecen; a lo menos ética y espiritualmente

Una de las estrategias más utilizadas para instar un estilo de vida paradojal, que es buscar la vida en la no-vida y ver en la vida la no-vida y sus diversas expresiones, está en potenciar la percepción y conexión brumosa afectivo-sociocultural-ético-espiritual, logrando una confusión temprana y generalizada, entre amor y pseudoamor, felicidad y pseudofelicidad, alegría y pseudoalegría, salud y pseudosalud y con ello entre vida y pseudovida.

El Dr. González-Arizmendi nos despierta el sueño y la esperanza de que el curriculum de los colegios y las universidades se llenen de asignaturas y cátedras sobre la vidafilia, y que aprendamos a tener o recuperar el biocentrismo o biofilia expresada en la inteligencia de las células (B. Lipton) en la sabiduría de los bosques y de las estrellas, a través de la suvidagogía.

Enhorabuena el nacimiento de esta obra, que continúen germinando muchos pensares-sentires y sobre todo haceres sobre la suvidagogía. Desde la sabiduría y experiencia de Samuel González-Arizmendi, la educación latinoamericana y planetaria, necesita con urgencia una educación que construya *"un nuevo sujeto que logre entender la conservación de su mayor hábitat, como necesidad primaria de la vida, como lo es el alimento o la salud, aquel sitio, el espacio, o el medio que le permite respirar, cultivar alimentos, tener agua, comer vegetales y animales de manera racional, procesos que son facilísimos de poder comprender y aplicar, pero sólo se necesita de algo elemental, resignificar la cultura ambiental, con lo cual, en estos momentos puede ser un aporte para minimizar la problemática ambiental por actividad antrópica, si y solo si, si se construye un nuevo sujeto, como el ser-sociedad"* (González-Arizmendi)

La suvidagogía es la opción para recuperar la pulsión natural e integrativa de amor a la vida, es la energía o sentido primordial que explica el tropismo positivo de las plantas, la rotación del sol, la inteligencia de las células, las estaciones del año, la fotosíntesis, las olas del mar, la rotación de la tierra, el amor, el valor de todo lo que fue, es y será.

Se nace amando la vida de sí y lo otro, es la energía de la vida heredada de las madres, la energía femenina ancestral (B. Hellinger), la existencia depende de esta fuerza originaria, fácilmente visibles en la infancia ontogenética y filogenética, en la sabiduría redonda y exacta de los niños, que en cada gesto y en cada paso expresan vida y de los pueblos originarios naturalmente matrísticos y bio-enamorados.

Se requiere la suvidagogía para poner las cosas en orden, para volver a la pulsión natural y heredada de amor a la vida, porque algo corrompe este fluir cristalino y dinámico en dirección a la vida, en esta relación amorosa y nutritiva sujeto-naturaleza, tanto a nivel ontogenético como filogenético, de pronto surge una educación y una

cultura eminentemente tanática, de negación de la vida, de la felicidad y la salud. Hay que cambiar la educación para cambiar el mundo (C. Naranjo), hay que promover e instalar la suvidagogía para salvar el mundo.